

VIII

La noche era imponente y sombría. Sentíase un frío intenso. La lluvia caía formando verdaderas trombas; á lo lejos, en la oscuridad siniestra, el viento parecía quejarse lúgubrementemente al sacudir las desnudas ramas de los árboles del parque, y estas quejas semejaban lamentaciones de voces humanas ó estertores de una multitud agonizante. La tierra remojada, cubierta de charcos, se ablandaba bajo los pies como una alfombra de inmunda podredumbre.

Guillermo y Magdalena caminaban muy unidos dando cara al viento que les azotaba con su aliento glacial, chapoteando en los charcos y hundiéndose á cada paso. Cuando estuvieron fuera del parque, volvieron instintivamente la cabeza y miraron á la Noirande animados por el mismo pensamiento. Querían convencerse de que Jacobo dormía y que por las ventanas del cuarto azul no salía claridad ninguna. Pero no vieron más que la masa negra y opaca de la noche, como si la Noirande hubiera sido destruída por el huracán. Volvieron á caminar despacio, guardando silencio. No veían ni el camino por donde iban, metiéndose hasta las rodillas en los sembrados. Conocían perfectamente el sendero de la casita, pero la oscuridad era tan grande que emplearon más de una hora para recorrer la distancia de un cuarto de legua escaso. Por dos veces se extraviaron y cuando ya llegaban, una oleada de viento y de agua les dejó helados y medio cie-

gos. Entraron en su retiro llenos de lodo, empapados de agua y asfixiados por el olor acre de aquel mar de fango que acababan de atravesar.

Le costó un trabajo inmenso encender una bujía; cerraron la puerta y subieron á la alcoba situada en el primer piso. Allí era donde habían pasado noches tan dichosas, y allí esperaban recobrar la calma de sus amores. Al abrir la puerta de aquella habitación, quedaron desilusionados; la víspera habían olvidado cerrar la ventana, y la lluvia había entrado, impulsada por el viento, formando un lago en el centro del cuarto. Tuvieron que quitar el agua, pero la madera del pavimento quedó mojada. El invierno había tomado posesión de aquella alcoba el día antes. Todo estaba húmedo, las paredes, los muebles y cuantos objetos había en la alcoba. Guillermo bajó á buscar leña. Encendido un gran fuego en la chimenea, confiaron en que se calentarían y secarían pronto, tranquilizándose en el fondo de aquella habitación tibia y apartada de toda vivienda.

En la casita tenían siempre ropa interior y trajes. Cambiaron las que llevaban empapadas y sucias por otras limpias, y se sentaron frente á la chimenea. Tenían secreta repugnancia á acostarse juntos en la fría cama, testigo en otros tiempos de noches ardorosas y apasionadas. Cuando dieron las tres, dijo Guillermo:

—Conozco que no me será posible dormir, esperaré que amanezca en esta butaca. Tú debes estar cansada Magdalena, acuéstate.

La joven hizo un gesto negativo y volvieron á guardar silencio.

Fuera la tempestad seguía desencadenándose con creciente violencia. Trombas furiosas iban á estrellarse contra la casa con alaridos de fiera, rompiendo puertas y ventanas; parecía que el pabellón estaba cercado por una manada de lobos que lo sacudían con sus garras furiosas. A cada nueva borrasca retemblaba el pabellón. Cuando el viento cesaba, las oleadas de agua caían sobre el tejado con el ruido sordo y continuo de tamborés tocando á la funerala. Los esposos sufrían indeciblemente con los ímpetus del huracán, cada sacudida les causaba un vago malestar; tenían miedo y de cuando en cuando se paraban á escuchar, creyendo percibir en el camino quejumbrosas voces humanas. Cuando el viento hacía retemblar el maderamen de la casa, levantaban la cabeza sobresaltados y miraban á su alrededor con ojos espantados. ¿Era aquel su querido retiro perfumado y tranquilo?

Se les antojaba que habían cambiado los muebles, las

pinturas... hasta la casa parecía otra. Miraban todos los objetos con desconfianza y no reconocían ninguno. Si tenían algún recuerdo les hacía daño; pensaban que habían saboreado allí alegrías exquisitas, y la sensación lejana de estas alegrías les destrozaba el corazón. Guillermo decía otras veces hablando del pabellón: «Si alguna desgracia nos ocurriera vendremos á olvidarla en este sitio. Aquí seremos fuertes contra el sufrimiento.» Y ahora que habían sufrido un rudo golpe y habían ido al refugio, no encontraban allí sino el espectro de sus amores, y permanecían en aquella alcoba anonadados bajo el peso de las horas presentes y el recuerdo del tiempo pasado.

Poco á poco se fué apoderando de ellos triste postración. La carrera que acababan de hacer por el fango, azotados por el viento y la lluvia, había calmado su fiebre y apagado el fuego de la sangre que en poderosas olas acudía á su cabeza. Sus cabellos empapados caían como témpanos de hielo sobre sus frentes calenturientas. El calor de la chimenea daba cierta pesadez á sus miembros fatigados. A medida que el calor de las llamas iba penetrando en su carne, todavía helada, les parecía que su sangre se hacía más espesa y circulaba con creciente dificultad. Estaban como aniquilados y las quemaduras y los desgarramientos les hacían poco daño. Abandonábanse al anonadamiento de su ser como una persona que se deja dominar por el sueño. No dormían, sin embargo, sus pensamientos se ahogaban en su ensimismamiento, pero flotaban siempre, confusos y pesados con vagos dolores, en el fondo de sus doloridos cerebros.

No hubiera podido articular una palabra sin hacer un esfuerzo sobrehumano. Sentados ante el fuego estaban aplañados, mudos, como si estuvieran separados por muchas leguas de tierra.

Magdalena al cambiar de ropa se había quitado la falda y las medias llenas de barro. Habíase puesto una camisa seca y encima un amplio peinador azul. Estaba sentada, de modo, que el peinador dejaba al descubierto las piernas desnudas doradas por el resplandor del fuego. Más arriba el peinador se abría más dejando al descubierto su garganta que la camisa apenas ocultaba. Magdalena veía arder los troncos, y se diría que no se daba cuenta de su desnudez y que su piel no sentía las caricias abrasadoras de las llamas.

Guillermo contemplaba á su mujer. Poco á poco dejó caer la cabeza en el respaldo de la butaca y con los ojos semicerrados parecía dormir; pero no perdía de vista á Magdalena. Estaba absorto en la contemplación de aquella

criatura medio desnuda, cuyas formas robustas y torneadas le causaban entonces dolorosa inquietud. No tenía deseo alguno y veía en Magdalena la faz dura y basta de mujer saciada. La llama que iluminaba su semblante formaba en él negras sombras; las líneas se destacaban rudamente y daban á toda su fisonomía aspecto de crueldad. Desde las mejillas hasta la barba, la rubia cabellera aun empapada por la lluvia, caía en compactas masas encuadrando el rostro de duras líneas. Aquella máscara fría, aquella frente cadavérica, aquellos ojos grises y aquellos labios rojos, no iluminados por la sonrisa, causaban á Guillermo asombro y malestar. Aquel rostro no era el rostro sonriente y juvenil que él había visto; aquel era un nuevo ser que se le aparecía, é interrogaba cada uno de sus rasgos para leer en él los pensamientos que de tal modo habían transfigurado á la joven. Cuando bajaba los ojos, para mirar el pecho y las piernas desnudas, veía espantado como vacilaba el resplandor amarillento de la chimenea. La piel se enrojecía como si se fuera cubriendo de manchas de sangre, que se extendían por la redondez de los senos y de las pantorrillas para desaparecer en seguida dejando la epidermis blanca como el mármol.

Magdalena se inclinó hacia la chimenea y casi instintivamente atizó el fuego y se quedó encorvada con la cara muy cerca de las llamas. Su amplio peinador que no estaba sujeto, se desprendió cayendo hasta la mitad de la espalda.

Ante aquella espléndida desnudez, Guillermo sintió que su corazón se oprimía. No perdía de vista el movimiento ligero y fuerte de aquel busto descubierto, las flexibles líneas del cuello inclinado y de las redondas espaldas, siguiendo con la mirada el resto del cuerpo, y deteniéndose en el seno ligeramente matizado de rosa que aparecía entre la penumbra de los hombros. La blancura de la piel, esa blancura lechosa de las mujeres rubias, hacía resaltar la negrura de un lunar que Magdalena tenía en la garganta, y Guillermo detenía sus ojos en aquel lunar que tantas veces había besado, contemplándole dolorosamente. Aquel cuerpo adorable, aquel cutis nacarado que se redondeaba muellemente con matices exquisitos, le torturaba el corazón con angustias indecibles. Era que en medio de su estupor, se despertaban sus recuerdos como mazas que se movían pausadamente en su cerebro. La media somnolencia que la dominaba, le hacía repetir mentalmente más de cien veces una misma frase. Sufría una pesadilla de la que no podía librarse; soñaba en los cinco años de amor pasados al lado de Magdalena, en las

noches que había pasado sobre su blanco pecho; recordaba la dulzura de los abrazos y de los besos cambiados. En aquellos días la ternura y la fe de Guillermo eran absolutos y nunca sospechó que aquella mujer necesitase las caricias de otro hombre, porque él se daba por contento con el cariño de ella, y para él desaparecía el mundo cuando Magdalena se dormía apoyada en su pecho. Ahora estaba sobresaltado por una duda atroz. Recordaba haber besado con transporte aquellos redondos hombros y aun le parecía sentir en sus labios los estremecimientos de aquella piel, y se preguntaba con dolorosa angustia si sus labios únicamente la hacían estremecer, ó si Magdalena se estremecía ante el recuerdo de las caricias de otro hombre. El se había entregado virgen y no podía confundir sus goces presentes con los pasados; pero Magdalena sabía cosas que él ignoraba. Seguramente recordaba los ardores voluptuosos que su primer amante le había hecho sentir. Era indudable que Magdalena en brazos de Guillermo debía acordarse de aquel hombre, y llegaba hasta decirse que su mujer, acaso gozaba un placer monstruoso evocando los goces pasados para duplicar los presentes. ¡Qué burla tan cruel y tan infame! Mientras él creía ser el esposo, el único amado, no era seguramente más que un transeunte que á lo sumo lograba reavivar la dulce llama de los antiguos besos aun no enfriados. ¿Quién sabe si aquella mujer le engañaba á todas horas con un fantasma, y se servía de él como un instrumento cuyos suspiros amorosos le recordaban melodías conocidas; él desaparecía para ella, era con él ausente con quien se unía en pensamiento, y á él se entregaba agradecida por el recuerdo de tantas horas voluptuosas. Esa indigna comedia había durado cuatro años. Durante cuatro años había representado sin saberlo un odioso papel; se había dejado robar su corazón, robar su cuerpo. Ante aquellos pensamientos, ante aquel ensueño vergonzoso que la pesadilla hacía revivir bajo su cráneo, contemplaba con suprema repugnancia la desnudez de la joven; creía ver en su garganta y en sus blanquísimas espaldas, manchas inmundas, llagas imborrables y aun sanguinolentas.

Magdalena seguía atizando el fuego. Su rostro conservaba su severa rigidez; poco á poco, á cada movimiento de su brazo para remover los leños, caía el peinador.

Guillermo no podía apartar los ojos de aquel cuerpo que iba quedándose desnudo y que se mostraba con magnificencia insolente y soberbio. Se le figuraba extraordinariamente impuro. Cada uno de los movimientos del brazo, que hacían resaltar los músculos del hombro, le causa-

ban el efecto de un espasmo lúbrico. Nunca había sufrido tanto. Y pensaba: «No soy el único que conoce esos hoyuelos que se forman en el nacimiento de su cuello cuando estira los brazos.» La idea de que había sido el segundo en poseer aquella mujer, le era insostenible. Como sucede á todos los temperamentos delicados y nerviosos, era tan extremadamente celoso que una nonada le preocupaba y hería. Quería la posesión completa. El pasado le espantaba temeroso de encontrar rivales en sus recuerdos, rivales secretos é impalpables contra los que no podía luchar. Se dejaba llevar por su imaginación y pensaba cosas horribles. Para colmo de desdichas, el primer amante de Magdalena había sido Jacobo, su amigo, su hermano. Era lo que más le mortificaba. Contra cualquier otro hombre, se hubiera limitado á indignarse, contra Jacobo experimentaba indefinible sentimiento de odio doloroso é impotente. Las antiguas relaciones de su mujer con el hombre á quien él había considerado en su infancia como un Dios, era una de esas ignominias cuyo horror confunde á la razón humana. Guillermo veía en estas relaciones un incesto, un sacrilegio. Perdonaba á Jacobo, pero llorando lágrimas de sangre; pensaba en él con vago terror, como en un ser fuera de su alcance, que le hubiera herido mortalmente sin saberlo, y á quien no podía devolver golpe por golpe. En cuanto á Magdalena, sobreexcitado como estaba por la pesadilla que exageraba sus sensaciones aun las más pasajeras, le parecía que había muerto para él; por un extraño cambio de la realidad, se figuraba que Magdalena era la mujer de Jacobo, y que él no debía ya, tocarla ni con los labios. La sola idea de besarla, le estremecía; aquella carne le era repulsiva porque le parecía que era de una criatura en cuyos brazos le había arrojado un deseo lascivo. Si Magdalena le hubiese llamado, hubiera retrocedido como para evitar un crimen. Y sin embargo, continuaba extasiado en la contemplación de aquella soberana desnudez.

Magdalena dejó caer las tenazas. Se acomodó en la butaca ocultando la espalda y dejando el pecho al descubierto. Triste y silenciosa se puso á mirar, aunque sin verla, una copa de bronce que estaba en un rincón de la chimenea. Pero aunque Guillermo perdonaba á Jacobo no por eso sus heridas estaban menos abiertas. Las dos únicas afecciones le habían hecho traición. La casualidad se había complacido cruelmente en amargar su existencia, arrebatándole de un sólo golpe todos sus amores y preparando muy de antemano el drama que le trastornaba el cuerpo y el espíritu. Desde aquel día no tenía á quien

amar. El nudo fatal que en otro tiempo ató á Jacobo y á Magdalena, le parecía tan sólido, tan vivo, que les acusaba de adúlteros como si la víspera se hubieran visto y poseído. Agolpábanse á su memoria los recuerdos de su infancia y se encontraba solo siempre. Todos los pesares de su vida, renacían entonces, en su corazón; sentía el aliento aterrador de Genoveva que pesaba sobre su cuna. Se creía vuelto al colegio, mortificado á golpes y pensaba en la trágica muerte de su padre. ¿Cómo pudo olvidar tantos dolores hasta el punto de creer que el cielo se le mostraba misericordioso? El cielo se había burlado de él, acariciándole durante una hora con un sueño de paz, para arrojarle al frío y negro abismo cuando pensaba en una existencia llena de tranquilos goces, haciendo así más terrible su caída. Y ahora lo presentía profundamente, la caída era fatal. Todos los acontecimientos le arrojaban en brazos de la angustia. Su historia que le parecía una atroz injusticia, no debía ser más que un encadenamiento lógico de los hechos. Pero no podía aceptar sin sublevarse la fatalidad aterradora de los sucesos. Su dignidad se exasperaba. Si caía en el fondo de su soledad, era por ser el mejor, y su naturaleza más delicada y más sensible que la de los otros hombres. Sabía amar y la multitud no sabía más que mortificarle. Esta orgullosa idea le consolaba y hallaba un fondo de verdadera energía que le sostenía en pie, pronto á luchar todavía contra el destino. Cuando la seguridad de su nobleza de espíritu le dominó, miró los hombros de Magdalena con un resto de desprecio mezclado con piedad.

Magdalena seguía absorta. Guillermo se preguntaba en qué podía pensar. En Jacobo seguramente. Mortificado por esta idea, trataba, aunque en vano, de leer en el semblante de su mujer, las causas que la obligaban á callar. La verdad era que Magdalena no pensaba en nada; estaba medio dormida, con los ojos abiertos, anonadada, sin percibir dentro de sí misma más que el zumbido de sus angustias, que comenzaban á calmarse. Los esposos permanecieron quietos y silenciosos hasta que se hizo de día. Una sensación de inmenso abandono, hacía les enojosa la soledad del pabellón que habían ido á buscar. A pesar del fuego que les quemaba las piernas, sentían frío en la espalda. Fuera, el huracán iba amainando entre prolongados lamentos, semejantes á alaridos de fieras heridas. Aquella fué una noche sin fin, una de esas noches de horribles pesadillas, en que se desea la llegada de un amanecer que parece que no llega nunca.

Por fin llegó el día, un día sucio y sombrío. Levantóse

con triste lentitud. Los cristales de la ventana estaban empañados con el reflejo humeante de la niebla; después el cuarto se fué llenando poco á poco de un vapor amarillento que cubría los muebles sin iluminarlos; era un vapor que descoloreaba las azuladas tintas de la alcoba; se hubiera dicho que una oleada de fango cubría el suelo. La vela casi apagada palidecía en aquella atmósfera espesa.

Guillermo se levantó y se acercó á la ventana. El campo se extendía triste y desconsolador. Habían cesado la lluvia y el viento. La llanura estaba cubierta de fango y el cielo oculto por nubes bajas y rastreras que tenían el mismo matiz de la llanura. Era una especie de agujero inmenso, en que los árboles destrozados, las casas ennegrecidas y las tierras ablandadas y cubiertas por las aguas se arrastraban semejantes á restos sin nombre. Parecía que una mano implacable había revuelto el horizonte convirtiéndole en una mezcla de agua corrompida y de negra arcilla. El melancólico día que agonizaba sobre aquella inmensidad fangosa, tenía una claridad mate, sin reflejos, cuyo sucio matiz ocasionaba cierta repugnancia.

Aquella confusa y turbia claridad de la madrugada, es desconsoladora para gentes que han velado toda la noche. Guillermo miraba el sucio horizonte con dolorosa estupefacción. Tenía frío y experimentaba malestar en el alma y en el cuerpo. Le parecía que acababan de molerle á golpes y que iba poco á poco recobrando el conocimiento. Magdalena, cansada y triste como él se asomó también para ver el campo. Al observar el lodo que lo cubría, no pudo dominar un gesto de disgusto.

— ¡Cuánto lodo! — murmuró.

— Hay mucho más — replicó Guillermo sin darse cuenta de lo que le decía.

Siguió á estas palabras una pausa, á la que puso fin Magdalena, diciendo:

— Mira, el viento ha destrozado un árbol de nuestro jardín. Las avenidas están llenas de tierra. Parece un cementerio abandonado...

— La lluvia lo ha destrozado todo... — añadió Guillermo con voz monótona.

Dejaron caer las cortinillas de muselina que tenían levantadas, cansados de contemplar aquella cloaca. Sintieron escalofríos y se acercaron de nuevo á la chimenea. Ya estaba muy adelantado el día y observaron que en la habitación todo estaba en desorden y sucio. Nunca la habían visto tan triste. Sus corazones se encogieron y comprendieron que aquel disgusto y aquel enojo de que es-

taban poseidos, no procedía solamente de la tristeza del cielo, sino de sus propios pesares y del brusco derrumbamiento de su felicidad. Lo sombrío del porvenir, hacía el presente más amargo y amenguaba los goces del pasado. Ambos pensaban: «No debíamos haber venido; nuestro refugio estaba en cualquier habitación desconocida donde no hubiéramos encontrado vivo y cruel el recuerdo de nuestro amor. Si esta cama en que hemos dormido, si estas butacas en que nos hemos sentado, no tienen para nosotros el calor de otros días, es porque las comunicamos el frío de nuestros ateridos cuerpos. Todo ha muerto en nosotros.»

A pesar de tales pensamientos fueron tranquilizándose. Magdalena se cubrió los hombros. Guillermo recobró la calma para apreciar la realidad de las cosas. En sus pesadillas se había perdido en el fondo de ideas monstruosas rayanas en lo imposible. Ahora el frío de la mañana le sacaba de su estupor, y su espíritu se alejaba de las visiones. Volvía á entrar en la banalidad ordinaria de los hechos. Ya no veía á Magdalena en brazos de Jacobo, ni se atormentaba evocando el cuadro de aquel extraño adulterio que tan estrechamente unía á su mujer y á su amigo. Todo volvía á su puesto primitivo, y el drama perdía su interés. Apercibía á los amantes de una manera vaga, en un pasado lejano sin que su espíritu se sublevara y su cuerpo se estremeciera. A partir de aquel momento, su posición le pareció aceptable. Volvió á su vida normal y á estar casado con Magdalena, amado por ella y apercebido á la lucha para conservarla siempre á su lado. Todavía se resentía del golpe brutal que había recibido, pero iba desapareciendo el dolor y encontraba fáciles de allanar los obstáculos que al principio le habían parecido monstruosos é invencibles.

Se dispuso á esperar y miró con triste sonrisa á Magdalena, en cuyo espíritu se verificaba análoga transformación. Sin embargo, gravitaba sobre la joven masa pesadísima que la ahogaba y de la cual no se podía librar. Quería esperar, pero siempre tropezaba con aquella masa. Era como un peso fatal que debía permanecer sobre su pecho hasta que la muerte le librara de él. Las sonrisas con que correspondía á las de Guillermo, parecían las de una moribunda que siente sobre su rostro el soplo helado de la muerte y no quiere desconsolar á nadie.

Toda la mañana la pasaron junto á la chimenea hablando de cosas indiferentes. Procuraron no tocar sus heridas recientes, dejando para después el cuidado de tomar una resolución. Por de pronto no deseaban más que adormecer

sus penas. Mientras conversaban tuvo Guillermo una súbita inspiración. El día antes la nodriza de Lucía había ido á buscarla á la Noirande; debía asistir á la cochura del pan en el horno, operación que divertía á la niña á la que gustaban en extremo las galletitas que le hacían. No faltaba nunca á ninguna de estas cocciones. Guillermo pensando que aun estaría en la granja, expresó un vivo deseo de tenerla á su lado colocándola ante Magdalena y él como una esperanza de paz. En su pesadumbre se había olvidado de su hija y experimentó un gran consuelo, al pensar en ella como un lazo de unión entre ambos. ¿No era una prenda que garantizaba su unión eterna? Una de las sonrisas de su hija, bastaba para curarles y convenirse que nada en el mundo podría separarles.

—Magdalena—dijo Guillermo,—debías ir á buscar á Lucía... Pasaría con nosotros toda la tarde.

Magdalena comprendió la intención de su esposo. Tampoco ella había pensado en su hija, pero al oír su nombre experimentó profunda alegría. Era madre y todo lo olvidaría, hasta el peso que la ahogaba.

—Tienes razón—replicó,—además no podemos pasar el día sin comer. Nos desayunaremos con huevos y leche.

Se reía como si se tratara de organizar una jira campestre. Creía estar salvada. Dos minutos le bastaron para vestirse; se puso una falda, se cubrió los hombros con un chal y se dirigió á la granja. Entretanto, Guillermo, acercó á la chimenea un velador que cubrió con una servilleta. Estos preparativos de un almuerzo á solas con su mujer, le recordaban los días felices de sus amores cuando comía con Magdalena convidado por ella en la casita. Se imaginó que la alcoba había recobrado el discreto encanto de aquellos tiempos; estaba cerrada, templada y perfumada. Echó en olvido el fango que por la ventana había visto, pensando únicamente en que iban á estar calientes y á pasar un día delicioso, á solas con su querida Lucía; la tristeza del día aumentaba el encanto.

Magdalena tardó largo rato en volver. Cuando llegaba salió á su encuentro Guillermo, para aligerarla del peso de los comestibles con que venía cargada. Lucía llevaba un pedazo de galleta que estrechaba con todas sus fuerzas contra su pecho.

La niña tenía entonces tres años y medio. Para su edad estaba muy crecida. Sus miembros cortos y fuertes le daban el aspecto de una muchacha del campo criada al aire libre. Era rubia como su madre, se sonreía con mucha gracia y su sonrisa dulcificaba la dura expresión de su rostro. De precoz inteligencia, hablaba sin cesar, imitando á las

personas mayores á las que hacía preguntas que desterrillaban de risa á sus padres. Al ver á su padre al pie de la escalera, le dijo:

—Cógeme y súbeme en brazos.

No quería dejar su galleta y tenía miedo de subir la escalinata sin agarrarse al pasamanos. Guillermo la cogió en brazos, gozoso de llevarla, sonriéndola y acariciándola con los ojos. Aquel cuerpecillo que descansaba en su hombro, volvía la vida á su corazón.

—Imagínate, Guillermo, que esta señorita no se había levantado aún—dijo Magdalena,—y ha tardado más de un cuarto de hora en decidirse á venir conmigo, porque la habían ofrecido darle por la mañana manzanas cocidas. He tenido que meterme dos en el bolsillo y ofrecerla que las asaríamos en la chimenea.

Cuando su padre la dejó en el suelo comenzó á dar vueltas al lado de Magdalena, hasta que logró meter la mano en el bolsillo de su falda. Cuando se apoderó de las dos manzanas, las puso en la punta de un cuchillo y se fué á poner frente á la chimenea con aire grave; apartó las cenizas, puso las manzanas sobre el mármol, y sin perderlas de vista se volvió á su sitio, poniendo su pedazo de galleta sobre sus rodillas.

Guillermo y Magdalena sonreían al verla. La chiquilla les hacía gestos tan graciosos de ama de casa llena de trabajos que les divertía. Tenían tanta necesidad de reponerse de sus dolores, que en las inocentes puerilidades de su hija hallaban el mejor consuelo. Para olvidarse de todo, hubieran sido capaces de jugar con ella y hacerse la ilusión de que también eran niños é inocentes. La quietud infantil de Lucía y el olor fresco que de ella se desprendía les calmaba, enterneciéndoles, estableciendo en torno de ellos una calma soberana. Esperaban que el porvenir sería puro y tranquilo; el porvenir era aquella adorada criatura, ángel de paz y de pureza.

Se sentaron junto al velador y comieron con apetito. Hablaron del porvenir, haciendo proyectos y viendo á su hija ya mujer casada y feliz. El recuerdo de Jacobo había sido borrado por la niña.

—Que se te queman las manzanas—dijo Magdalena riendo.

—No se queman, no—replicó Lucía,—ahora voy á contentar mi galleta.

Alzó la cabeza y miró á su madre con cierta seriedad que hacía envejecer su fisonomía. Cuando no sonreía, sus labios estaban secos y eran duros, mientras las cejas se arqueaban ligeramente. Guillermo la observaba. Poco á poco palideció examinándola con terror creciente.

—¿Qué tienes?—le preguntó Magdalena.

—Nada—le respondió.

Y seguía mirando á Lucía con fijeza, echándose hacia atrás como para huir de un cuadro que le aterraba. En su semblante se dibujaba un pesar continuo y atroz. Hizo un vago gesto con la mano como para apartar á su hija de su lado. Magdalena asustada por la palidez de Guillermo y sin comprender lo que por su mente pasaba, se separó del velador y fué á sentarse en un brazo de la butaca.

—Respóndeme—dijo,—¿qué tienes?... Estábamos tan tranquilos... Sonreías ahora mismo... Vamos, Guillermo, creía que habías vuelto nuestra dicha y que comenzábamos una nueva existencia... Confiérame los malos pensamientos que ocupan tu espíritu. Yo te los disiparé y te los curaré. Quiérome que seas dichoso.

Guillermo inclinó la cabeza, estremeciéndose.

—Mira á Lucía—dijo con voz muy queda, como si tuviera miedo de que alguien le oyera.

La niña continuaba sentada sobre la alfombra delante de la chimenea, presentando con grave ademán á las llamas su galleta puesta al extremo de un tenedor; tenía la chililla todo el aspecto de estar poseída de la importancia de su quehacer.

—¿Y qué?—preguntó Magdalena.

—¿No ves nada?—replicó Guillermo con acento cada vez más alterado.

—No veo nada.

Entonces Guillermo se ocultó el rostro con las manos. Lloraba. Después haciendo un esfuerzo balbuceó:

—Se parece á Jacobo.

Magdalena se sobresaltó. Sus ojos agrandados por la emoción, se fijaron en su hija con una ansiedad que hacía temblar á todo su cuerpo. Guillermo tenía razón; Lucía se parecía vagamente á Jacobo, y esta semejanza era mayor cuando la niña plegaba la boca y la frente. El ex-cirujano militar tenía de ordinario este gesto de hombre positivo. La joven no quiso de momento convenir en tan terrible verdad dando la razón á su marido.

—Te engañas—murmuró.—Lucía se me parece. Si fuera verdad lo que tú dices, lo hubiéramos observado antes de ahora.

Procuraba no nombrar á Jacobo, pero Guillermo la sintió estremecerse á su lado.

—No, no me engaño—repitió,—bien lo ves... Lucía crecerá y pronto será su vivo retrato... Nunca la había visto tan seria; me vuelvo loco.

Perdía realmente la cabeza y enjugaba con las manos

el sudor frío que corría por sus sienes. Su mujer no se atrevía á pronunciar palabra; recostada en un hombro de Guillermo y desfallecida seguía mirando á su hija que no se ocupaba de lo que en derredor suyo ocurría; observando sus manzanas ya casi cocidas y su galleta humeante y dorada por el fuego.

—¿Pensabas en él?—preguntó Guillermo con voz cavernosa.

—¿Yo? ¿yo?...—balbuceó Magdalena.

Comprendió lo que su marido quería decir. Creía que había evocado el recuerdo de Jacobo en el momento en que concebía á Lucía. Las pesadillas del joven revivían en su trastornado cerebro; pensaba otra vez en aquel extraño adulterio moral, del que creía á la mujer culpable amando en su imaginación por besos de Jacobo los que su marido le había dado. De aquí el parecido de Lucía con el primer amante de Magdalena. Tenía una nueva prueba y ya no podía dudar del papel odioso que había representado. Su hija no le pertenecía, era el fruto vergonzoso de la unión de Magdalena con un fantasma. La joven admitió aquellas acusaciones en su mirada.

—Pero es monstruoso lo que tú piensas—dijo Magdalena.—Vuelve á la razón. No me juzgues más infame de lo que soy... Jamás he pensado en ese hombre cuando he estado contigo.

—Lucía se le parece—repetía implacablemente Guillermo. Magdalena se retorció las manos enfurecida.

—No sé cómo puede ser eso—dijo.—La casualidad me hierre terriblemente. ¡Oh! no, no, nunca he cometido la infamia que piensas. Eso es innoble.

Guillermo se encogió de hombros. En aquellos momentos no se le podía ocurrir que la semejanza de Lucía con el primer amante de su madre, era un caso bastante frecuente que obedecía á ciertas leyes fisiológicas no descubiertas aún.

Magdalena se indignaba. Quería convencer á su marido de su inocencia, pero veía con desesperación que le era imposible presentar una prueba. Acusábale por sus pensamientos y ella no podía defenderse más que con juramentos y protestas. Durante algunos minutos guardaron un silencio henchido de sollozos y de gritos de angustia difícilmente reprimidos.

—Ya están asadas mis manzanas—gritó de pronto Lucía que hasta aquel momento había estado en éxtasis, absorta en la contemplación de las manzanas y la galleta puestas al fuego.

Se levantó palmoteando y tomó del velador un plato para poner en él las frutas cocidas, pero estaban tan calientes que se vió obligada á esperar. Sentóse otra vez sobre la alfombra viéndolas humear y tocándolas con la punta de los dedos de vez en cuando. Al creer que estaban ya buenas para comerlas le asaltó un escrúpulo. Reflexionó si debía ó no convidar á sus padres. Tras corta lucha entre su apetito y su corazón, cogió el plato y ofreció las manzanas á su padre.

—¿Quieres papá?—preguntó con cierto temor de que su ofrecimiento fuera aceptado.

Desde que se puso á actuar de cocinera con aires de mujer trabajadora, no había alzado la vista. Al ver que su padre lloraba y que la miraba con desconsuelo, recobró su seriedad dejando el plato en el suelo.

—¿Lloras?—dijo.—¿No has sido bueno?

Y se acercó á Guillermo apoyando sus manecitas en las rodillas de su padre. Se empinaba sobre la punta de los pies para subir á un brazo de la butaca y besar á su padre. Estaba algo asustada al ver el doloroso grupo que formaban sus padres, y no sabía si reír ó llorar. Permaneció un instante inquieta, con el rostro levantado, contemplando á su padre con aire de tierna compasión. Después le tendió las manos.

—Cógeme—dijo, dando á esta palabra una inflexión cariñosa que le era habitual.

Guillermo seguía mirándola y se echó hacia atrás más pálida y temblorosa. ¡Cómo se parecía á Jacobo, sobre todo cuando hacía gestos de niña seria! Sentía que aquellas manecitas le quemaban las rodillas, y hubiera querido alejarlas para no sufrir nuevas torturas. Pero Lucía tenía un proyecto: deseaba cogerse al cuello de su padre y consolarlo. Por otra parte, comenzaba á tener verdadero miedo y quería refugiarse en sus brazos. Cuando le hubo repetido varias veces: «Cógeme, cógeme» sin decidirse á inclinarse hacia ella, se propuso trepar hasta alcanzarle la cabeza. Ya se había encaramado en un brazo de la butaca, cuando Guillermo fuera de sí, la rechazó violentamente.

Lucía retrocedió tambaleándose y cayó de espalda, pero no lloró. Fué tanta su sorpresa que se limitó á mirar á su padre con asombro y espanto, contrajo los labios y frunció el ceño como Jacobo.

Magdalena corrió hacia ella al verla caer. La cabeza de la niña había pasado casi rozando con el velador y fué un milagro que no la hiriera.

—¡Guillermo qué cruel eres!—exclamó la joven.—¡No

sabía que fueras tan malvado! Mátame, pero no maltrates á esta pobre criatura.

La madre tomó en brazos á la niña y la estrechó contra su pecho. Lucía entonces rompió á llorar, como si la golpearan. No se había hecho daño, pero como la compadecían, se creía obligada á verter un torrente de lágrimas. Magdalena la paseó y trató de hacerla callar, diciéndola que no había sido nada y acariciándola ruidosamente.

Guillermo estaba arrepentido de su brutalidad. Cuando vió caer á Lucía, se echó á llorar de vergüenza y de dolor. ¡Llegaba ya al extremo de herir á los niños! Su carácter bondadoso se indignaba y sentía vivamente los sufrimientos que lo transformaban en un ser brusco y violento. Cuando imaginaba que la cabeza de su hija hubiese podido deshacerse contra el velador, experimentaba el helado estremecimiento de los asesinos. Y sin embargo, las lágrimas de Lucía le irritaban y le parecían monstruosas las caricias de Magdalena. Pensó que su mujer creía abrazar á Jacobo al abrazar á Lucía, y anonadado y herido por esta suposición, se arrojó en el lecho y se cubrió la cabeza con una almohada para no ver ni oír, permaneciendo inmóvil.

Pero no dormía; bien á su pesar oía los pasos de Magdalena. Con los ojos cerrados seguía viendo el rostro de Lucía con sus labios cerrados y sus cejas fruncidas. Ya no se atrevería nunca á besar aquella cara de niña que muchas veces tenía la seriedad de un hombre, ya no podía sin padecer horriblemente ver á su esposa acariciar aquella cabecita rubia, ya no tenía hija ni lazo que le uniera á Magdalena. Su última esperanza de salvación se había trocado en dolor supremo. En adelante sería ridículo cualquier intento para recuperar la dicha perdida. Por fin la materia venció al espíritu y se quedó dormido.

Cuando despertó estaba muy avanzada la noche; se agitó dolorido sin comprender qué era lo que de aquel modo le había anonadado. Después fué recordando y sufrió nuevamente, pero un sufrimiento pesado y sordo. Había pasado la crisis, pero estaba desconcertado bajo el peso de un horrible dolor sin consuelo y sin esperanzas. Como no habían encendido la luz, la habitación hallábase solamente iluminada por los reflejos amarillentos que despedían los troncos que ardían en la chimenea. Vió á Magdalena echada en una butaca junto al fuego, y mirándole con fijeza con los ojos desmesuradamente abiertos. Lucía no estaba allí. Su madre debió conducirla otra vez á la granja, y

Guillermo no quiso averiguar lo que había sido de ella. Parecía haberse olvidado que existía.

—¿Qué hora es?—preguntó á la mujer.

—Las ocho—contestó Magdalena con voz tranquila.

Hubo una pausa.

—¿Has dormido?—preguntó de nuevo Guillermo.

—Sí, un poco.

En efecto, Magdalena había dormido durante algunos minutos. ¡Pero que noche tan larga y tan angustiosa! Acababa de pasar horas muy dolorosas en aquella alcoba que en otro tiempo había pasado tranquilamente. Ahora se abandonaba, no sabiendo cómo luchar contra su destino. «Mañana me mataré si es preciso» pensaba Magdalena y la seguridad de escapar de la vergüenza y del dolor cuando quisiera le hizo recobrar su serenidad. Hablaba con acento dulce, como una moribunda resignada que se entrega al grato placer de la muerte y que está convencida que nada en el mundo puede acrecer sus sufrimientos.

Guillermo dió algunos pasos por la habitación y fué á descorrer los visillos de la ventana. El tiempo había abo- nanzado; en medio del campo se destacaba la masa som- bría de la Noirande de la que únicamente estaban ilumina- das las ventanas del piso bajo. Jacobo debía haberse marchado ya.

Guillermo se aproximó entonces á su mujer que seguía sentada cerca del fuego. Pareció reflexionar y dudar un instante.

—Vamos á pasar un mes en París—le dijo al fin.

Magdalena no tuvo ningún gesto de sorpresa, apenas si levantó un poco la cabeza.

¿Qué le importaba ir á París ó quedarse en Veteuil? ¿Acaso en todas partes no debía sufrir de la misma ma- nera?

—Nos pondremos en camino dentro de una hora—añadió Guillermo.

—Está bien—repuso la joven.

Comprendió que Guillermo deseaba dejar de ver á Lucia durante algún tiempo, y aprobaba que quisiese ó intentase olvidar.

Al cabo de un momento esta idea del viaje despertó en Magdalena una vaga esperanza de curación; al principio había aceptado sin meditar, y ahora se asia á este pro- yecto considerándole como una tabla de salvación. La des- tina quizás.

Al cerrar la puerta de la casita, los esposos experimen- taron gran opresión de corazón. Habían ido á ella en busca de la paz de sus pasadas caricias y salían morti-

ficados y heridos, más trastornados que antes. Habían man- chado sus gratos recuerdos y no podrían volver á pasar en aquel retiro horas felices. Ambos se preguntaban hasta donde los llevaría aquel huracán de desgracia que les arrastraba.

En la Noirande supieron que hacía media hora escasa que se había marchado Jacobo. Comieron rápidamente y tocando apenas los manjares. Genoveva no les dirigió ni una palabra; miraba á Magdalena con aire sombrío. Cuando fueron las nueve, Guillermo ordenó que engancharan su co- che. Ya era tarde para alcanzar el tren y el joven, por un capricho de cerebro enfermo, quería ir de noche á París en su carruaje. Pensaba gozoso en la calma y en el silen- cio de los caminos desiertos. Dejó á Magdalena que se dirigiera bien, y algunos minutos después estaban en la carretera de Nantes.